



Dibujo de Lluís Duch, por Antonio Espejo

Presentación

El cada vez más conocido antropólogo y escritor Lluís Duch es, al mismo tiempo, un monje que habita en la Abadía de Montserrat. Aunque nunca he estado ahí, me imagino un lugar apartado del mundo, un monasterio al margen del mundanal ruido, donde se preserva el conocimiento y se privilegia la reflexión y el cultivo del alma, en los paseos por largas pendientes y el refugio en la lectura y la música. Pues, gimnasia y música, dirían los antiguos griegos, debieran ser los principios de toda pedagogía humana.

Uno de los coros de niños más famosos del mundo encuentra la sede de su educación musical en Montserrat, de la misma manera que una de las bibliotecas más prestigiosas de Europa. La Abadía, asimismo, en medio de los regímenes injustos a lo largo de los siglos, ha sido lugar de asilo para muchos perseguidos.

Montserrat es, probablemente, un claustro donde lo que aún interesa es la acción que ejercen las ideas, el efecto que la música produce, el cuidado de la palabra que sana el espíritu y transforma a la persona, aunque sólo sea de manera momentánea y *provisional*; un resquicio de serenidad que echa abajo el característico escepticismo de nuestras ideas sobre la religión, en particular la católica y especialmente en España, donde ha dominado un clericalismo de corte autoritario centrado en la vigilancia de las personas y la imposición de *valores* anacrónicos (obstáculos epistemológicos), aún no superados del todo en nuestros días.

Me imagino que estar en Montserrat es algo así como habitar en una especie de “zona de reserva” y “vida en común”, donde lo importante es despojarse de lo suntuario y vivir una ascesis y silencio abiertos a la

posibilidad de un mayor disfrute, para volver a sorprenderse y cultivar la *compasión*, la *simpatía*, el *consuelo*, la *confianza* en el futuro, palabras tabú y que parecen haber perdido hoy su significado a la luz del código del racionalismo egoísta y posesivo prevaleciente, pero que han encontrado ahí un ámbito para su ejercicio sutil. “Se ayunar, se meditar, se reflexionar”, los mismos aprendizajes previos a la “iluminación” que hiciera el Buda, parecieran constituir ahí la base de la iniciación cristiana, porque al final el hombre es el mismo, y los lenguajes que lo expresan infinitos. Si bien, tampoco se trata de la práctica de no importa qué religión, sino del resguardo de un espacio de vida cualitativo donde la tarea central es la preservación de una *comunidad*: aprender a “convivir con” para hacer posible un *nosotros*.

El presente Cuaderno que dedicamos al pensamiento de Lluís Duch reúne una serie de trabajos que gracias a circunstancias privilegiadas hemos tenido la suerte de poder escuchar, reflexionar y discutir con su autor, en nuestra Universidad: *Hombre, tradición y modernidad*, *Estructura mítica e historia*, *Interpretaciones actuales en el estudio del mito*. Esperando, además, volver a tener la alegría de continuar con estas conversaciones. El conjunto de estos trabajos está precedido de una larga entrevista y de tres ensayos o tentativas de acercamiento a su obra, desde ángulos distintos. El primero, a mi cargo, intenta el esbozo de algunas de las claves de su antropología; el segundo, elaborado por Marcela Capdevila, trata el vínculo entre símbolo y salud; el tercero, a cargo de Manuel Lavaniegos, realiza un sensible y penetrante comentario a su *teo-antropología*.

No me cabe la menor duda respecto a que el pensamiento del autor constituye en nuestros días una de las elaboraciones más lúcidas y comprometidas en torno al *mito*, el *símbolo* y la *razón*. Pero, también, de los ámbitos fundamentales de la *vida cotidiana*, en los que se ponen en juego los alcances de nuestra interpretación del mundo: la *salud*, el *cuerpo*, la *familia*, la *ciudad*, el *cuidado del otro*, la *religión*.

El tema de Dios, que le ha valido el epíteto de “un monje en la diáspora” (Amador Vega y Joan Carles Mèlich), ocupa un lugar central en su antropología. Pues, a decir de Duch: “hoy, Dios y no la Iglesia es la interrogante fundamental del ser humano”. “La cuestión de las cues-

tiones —sostiene—, es Dios, su experiencia, sus relaciones con los seres humanos, su Providencia, su futuro”.

El trayecto autobiográfico de Lluís Duch trasmutado por completo en la meditada elaboración de su *Opus* lo ha convertido en el mejor de los pedagogos, porque como dice Billeter de Confucio, *siempre está aprendiendo*. Es un verdadero filósofo, porque como también decía Platón, *tiende a la sabiduría*.

Enamorado de la vida, Lluís Duch no deja de insistirnos en que el hombre no existe sin una *imagen* del hombre, de la misma manera que, muy probablemente, la historia de la humanidad viene determinada también por las *imágenes de Dios*. Temas clave que, sin duda, ocupan un lugar decisivo en la reflexión sobre el devenir del mundo en estos inicios del tercer milenio.

Blanca Solares
Agosto del 2007